

El Che y el hombre nuevo

Jorge Turner

(Palabras pronunciadas el 27 de noviembre de 1987)

Hace algún tiempo me correspondió leer un trabajo en el Palacio de las Bellas Artes, "Che por Che = Che Guevara", en el que intenté desarrollar la afirmación de Fidel Castro de que el Comandante Ernesto Guevara, en su carácter de combatiente y de hombre de acción, había pasado a la historia como el gran precursor de las futuras revoluciones triunfantes en América Latina.

En esta oportunidad me ocuparé del Che teorizador de un asunto capital para la transformación revolucionaria de las sociedades: la creación de un hombre nuevo en forma previa y simultánea a la mudanza de la base material, entregando estas disquisiciones más para la meditación que para el aplauso.

El hombre es el arquitecto de sí mismo, y el mundo que lo rodea lo irá cambiando según los impulsos de su propio cambio.

Siendo el tema tan importante, el liberalismo dedicó muchas páginas y autores a fijar las cualidades ideales del hombre individual, en un esfuerzo vano que concluyó con la enajenación del hombre en el capitalismo.

De igual manera, Carlos Marx, en su libro sobre *La ideología Alemana*, clama por una revolución para que la clase triunfante "salga del cieno en que se hunde y se vuelva capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases".

Expurgado en las cartas y distintos textos del Che se apuntan cualidades que deben tener el hombre nuevo. "Sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo", dice en la carta de despedida a sus hijos. Pero en donde se ocupa específicamente del tema es en la larga carta enviada a don Carlos Quijano, nuestro inolvidable don Carlos, publicaba en *Marcha*, de Uruguay, el 12 de marzo de 1965, bajo el título de "El socialismo y

el hombre en Cuba".

En 1986, en la Habana, 27 años después del triunfo, se hizo un balance autocrítico oficial de la Revolución Cubana, presidido por la imagen tutelar del Che. En su discurso del 26 de junio del año citado, Fidel Castro reiteró su admiración y simpatía por las ideas de Ernesto Guevara, cuyas teorías lamentablemente no se han seguido desarrollando.

A pesar del título de la carta enviada a don Carlos Quijano, las teorías del Che sobre el hombre nuevo no tienen sólo importancia para Cuba o para asegurar la transición al socialismo, sino más allá.

En el ensayo *La Herencia del Che en América Latina*, de Pedro Vuskovic y Belarmino Elgueta, reciente Premio Extraordinario Ernesto Che Guevara, otorgado por la Casa de las Américas y el Centro de Estudios sobre América, se recalca, con razón, el significado de las ideas del Che en la transición a los cambios estructurales inaplazables que demandan los países latinoamericanos, aunque no tengan como objetivo el socialismo, para afrontar los retos que plantea la crisis mundial. Estamos conformes. Las ideas del Che sobre el hombre nuevo son útiles inclusive para momentos distintos a la implantación del socialismo, y se refieren al hombre en el combate como al hombre en el trabajo. Armando Rodríguez subraya que la preocupación del Che por hacer realidad el surgimiento del hombre nuevo abarca "las dos etapas de la Revolución Cubana (y, claro, latinoamericana); la de la acción armada y la relacionada con la transformación política, económica y social".

El Che confiaba en la fuerza moral de los individuos, organizados en vanguardia, y en la fuerza moral de los pueblos, en su disposición al sacrificio, para desarrollar la Revolución y sostenía que para lograr la transformación material y social de un país, llegados los revolucionarios al poder, no

basta con una conciencia productivista, sino que es necesario una conciencia moral. Para incrementar la producción es necesario conceder de preferencia al trabajador, formado en una conciencia moral, estímulos morales más que estímulos materiales.

Por eso afirmaba que "persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etc.), se puede llegar a un callejón sin salida", y líneas más adelante completaba que el instrumento idóneo "debe ser de índole moral, fundamental, sin olvidar una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social". Con esta concepción fue que el Che ideó el "trabajo voluntario" en Cuba.

El Che distinguía muy bien entre el premio de orden moral cristiano y el premio moral revolucionario, aseverando que "el premio a los obedientes consiste en el arribo después de la muerte a otros mundos maravillosos". El premio para los revolucionarios, decía, "es la nueva sociedad donde los hombres tendrán características distintas: la sociedad del hombre comunista".

Resulta necesario insistir en que para el Che el hombre nuevo se forma en un largo proceso que empieza en los más acendrados combatientes de este siglo, entresijo de sus pueblos, como anticipados, culminando, a través de la educación, con el hombre nuevo de la masa, surgiendo "el hombre nuevo del Siglo XXI", y que es indispensable para esta concreción, que los mejores sentimientos populares estén simbolizados en la conducta de los dirigentes durante todas las etapas de la Revolución.

Un resumen de la concepción del Che sobre el hombre nuevo es difícil porque sólo tiene un trabajo central al respecto, no suficientemente sistematizado, según él mismo aceptó, y luego ideas dispersas en sus diferentes escritos. Pero mi captación de lo que el Che entendía por el hombre nuevo y su relación con los valores morales y materiales, después de leer las líneas y las entrelíneas de sus obras, es la siguiente:

Las revoluciones no se labran ni consolidan con bienes materiales, sino con sacrificios y lucha (el mejor ejemplo de la actualidad es el de la Nicaragua heroica). El hombre nuevo asoma como una lucecita en el individuo, cuando afloran accidentalmente sus mejores cualidades de solidaridad (como ocurrió en los terremotos que asolaron a México en 1985) y después, se corrobora cuando se consagra la voluntad permanente de compromiso social. En las sociedades despunta primero en las vanguardias de hoy y más tarde llega y se mantiene en la masa si se dan ciertas circunstan-

cias.

El hombre nuevo es diverso. Tan diverso como son los temperamentos y las aptitudes humanas. Pero los hombres nuevos son el hombre nuevo porque tiene en común su disposición al sacrificio por los demás; su disposición a empuñar las armas cuando sea necesario, llevando la lucha al escalón más alto y al punto nodular en que los hombres se gradúan de hombres nuevos, y guardarlas cuando no tenga caso; su disposición al trabajo y a la superación, sin renunciar a los placeres legítimos que le permita la vida. No es aceptable un hombre nuevo que se entrega al trabajo sin militancia, como tampoco un hombre nuevo militante que no trabaje con entusiasmo. El deber del hombre nuevo inicial es, por igual, hacer la revolución que realizar su trabajo.

El hombre nuevo que surge en nuestros días, en combate contra el hombre viejo, es más meritorio que el hombre nuevo de la época hipotética de la abundancia de bienes materiales, en que se dice que el hombre saltará del reino de la necesidad al de la libertad, puesto que entonces será más fácil no ser egoísta.

El hombre nuevo es esencialmente generoso, enemigo del egoísmo, y adversario de la injusticia. Sin embargo, el hombre nuevo, con cualidades tan precisas, no es perfecto ni completo. El hombre nuevo es un ser desmitificado que se equivoca, aunque debe estar preparado para rectificar. El hombre nuevo se cansa, pero siempre vuelve al combate. Debe ser realista y romántico, con sensibilidad para sentir en sus talones el costillar del Rocinante y de empuñar la adarga, como decía el Che.

El hombre nuevo es la mujer nueva que constituye la mitad de la población. Al igual que la mujer nueva es el hombre nuevo. El hombre nuevo no es machista ni la mujer es hembrista. El hombre nuevo, hasta en los momentos más álgidos, trata de tener una familia.

El hombre nuevo no es el más fuerte y férreo. El hombre nuevo saca su fortaleza de su aparente debilidad que consiste en ser sensible y solidario con los demás. Y, por último, el hombre nuevo de América Latina, que viene surgiendo como un hombre nuevo de verdad, y no como una simulación de hombre nuevo, no se agota en el hombre nuevo marxista. Tiene otra vertiente, la del hombre nuevo que identifica a Cristo en los pobres.

Podemos concluir que, a nuestro juicio, el Che Guevara forma parte del hombre nuevo inicial y que estas observaciones suyas sobre el hombre nuevo son más pertinentes que nunca en la realidad actual de nuestro continente, en el cual las fuerzas fundamentales del cambio, a pesar de la crisis, se encuentran paralizadas por la duda y la falta de propuestas viables.

El Che Guevara es simultáneamente hombre de su tiempo y visionario, enfatizamos, paradigma de hombre del porvenir que, como dijo René Depés- tre: "nos dejó la muerte que organiza y cura y tres letras para navegar en alta mar". Su figura

resalta en la historia en sus éxitos y en sus fracasos, en su obra teórica y en su esfuerzo de trabajador ejemplar y de combatiente dispuesto a sacrificarse con la mano tendida para que otros pudieran recoger el arma y sobre todo el mensaje